

61.^a REUNION. 5.^a SESION DE PRÓRROGA

PRESIDENCIA DEL DR. ELISEO CANTON

Diputados presentes: Acosta, Agote, Alvarez (A.), Alvarez (J. M.), Anchorena, Arias, Avellaneda, Ayarragaray, del Barco, Bejarano, Beltrán, Bonifacio, Bouquet, Bréard, Calvo, Cárcano, Carlés (C.), Carlés (M.), Castañeda Vega, Castex, Cernadas, Conforti, Correa, Cordeiro, Costa, Day, Echagüe, Escobar, Estrada, Etcheopar, Etcheverry, Ferrer, Fonrouge, Fraga, Frias, Galigniana Segura, García González, Goenaga, González Bonorino, Guevara, Iriondo, Iturbe, Lacasa, Lassaga, Lavié, Leiva, Lezica, López (M. E.), López (P. C.), López Mañán, Loza, Lubary, Luro (P. O.), Luro (S.), Llobét, Méndez Casariego, Meyer Pellegrini, Molina (E.), Molina (M.), Montes de Oca, Moreno, Moyano (F. J.), Mugica, Oliver, Olivera (B.), Olivera (G. P.), Olmedo, Padilla (E. E.), Padilla (M. M.), Parera (F. M.), Parera (R. A.), Paz (A. C.), Penna, Peña, Pérez Virasoro, Pinedo, Revilla, Roca, Rodríguez Jurado, Ruiz Moreno, Santamarina, Sosa Carreras, Varela, Vega, de la Vega, Vernazza, Zambrano.—**Ausentes con licencia:** Bengolea, Candiotti, Gómez, Gonnet, Ortiz.—**Con aviso:** Freire, García Vieyra, Garrido, Hernández, Maza, Moyano (R.), Paz (M.), Saavedra Lamas, Serrey, Tenreyro, Terán.—**Sin aviso:** Alsina, Calderón, Carranza, Crouzeilles, García, Guasch Leguizamón, Pera, Pinasco, Rivas, Vergara, Vocos Giménez.

SUMARIO N.º 61

1

Autorización a la presidencia para aprobar el acta de la sesión anterior.

2

Mensaje del Poder ejecutivo y proyecto de ley: **crédito** al ministerio del interior por 245.250 pesos, para cumplimiento de una **sentencia arbitral** favorable al ferrocarril Trasandino.

3

Comunicaciones del Senado.

4

Nombramiento de la comisión especial para el estudio de los planes de enseñanza primaria y secundaria.

5

Constitución de la comisión especial para la reforma del **reglamento** de la cámara.

6

Despacho de las comisiones.

7

Invitación a los señores diputados para concurrir al acto de la inauguración del **monumento** al **deán Funes**.

8

Peticiones particulares.

9

Continúa la consideración del despacho de la comisión de negocios constitucionales en el proyecto de **reforma** de la ley electoral.

3

COMUNICACIONES DEL SENADO

SANCIÓN DEFINITIVA:

—Prórroga del plazo fijado para el enrolamiento general. (*Al archivo.*)

4

COMISIÓN ESPECIAL

DEL REGLAMENTO DE LA CÁMARA

Sr. Secretario Sorondo—Han sido designados por la presidencia para formar parte de esta comisión especial para estudiar los planes de enseñanza primaria y secundaria, los señores diputados Agote, Cárcano, Carlés (C.), Llobét y Pinedo.

5

COMISIÓN ESPECIAL

—La comisión de reforma del reglamento de la cámara comunica que se ha constituido, designando presidente al señor diputado Federico Pinedo y secretario al señor diputado Faustino M. Lezica.

6

DESPACHO DE LAS COMISIONES

OBRAS PÚBLICAS:

—Ampliación de la suma autorizada por la ley 4301, para la construcción de un puente sobre el río Cosquín.

—A la orden del día.

7

INVITACIÓN

Sr. Secretario Sorondo—La comisión encargada de la erección del monumento al deán doctor Gregorio Funes invita a la honorable cámara a concurrir el día 8 de diciembre próximo al acto de su inauguración.

Sr. Presidente—Quedan invitados los señores diputados.

8

PETICIONES PARTICULARES

—La sociedad damas de la Provincia de Córdoba, solicita una subvención para sostenimiento a la institución que dirige. (*A la comisión de presupuesto.*)

9

LEY ELECTORAL

Sr. Presidente—Continúa la discusión sobre el despacho de la comisión de negocios constitucionales.

Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba, doctor Peña.

Sr. Avellaneda—Pido la palabra.

Sr. Peña—Creo que me corresponde el uso de la palabra.

Sr. Presidente—Efectivamente, el señor diputado por Córdoba la había solicitado anteriormente.

Sr. Avellaneda—Si no tiene inconveniente el señor diputado para hacer una breve rectificación...

Sr. Peña—Si la presidencia lo permite...

Sr. Presidente—Si el señor diputado la cede, la presidencia no tiene inconveniente.

Sr. Avellaneda—Como ve la honorable cámara, es debido a la deferencia del señor diputado por Córdoba que vuelvo a molestar la atención de los señores diputados con el objeto de rectificar algunas palabras y conceptos que encuentro en el discurso pronunciado por el señor ministro del interior.

Seré muy breve, tanto porque no quiero prolongar la legítima expectativa que hay por escuchar la palabra del señor diputado por Córdoba, tan merecidamente prestigiosa, cuanto porque después de las declaraciones hechas en la sesión anterior por el señor ministro, resulta que no puedo considerarme en el lodazal de la corrupción y del fraude por el hecho de sostener que el escrutinio de lista es el único que cabe dentro de la Constitución honesta y leal-

mente interpretada. No debo entonces darle mayor ulterioridad á este incidente un tanto desagradable. Me limito, pues, á ratificarme en mis convicciones y en el propósito de exteriorizar desde esta banca mis ideas, colocándome por encima de las preocupaciones del momento.

Acepto también, en lo que á mí se refiere, el rechazo categórico que hace el señor ministro, de toda interpretación ofensiva que pudiera darse para los miembros del Congreso á las reflexiones que él hiciera sobre la composición del mismo. ¿Cómo no aceptar esa desautorización, señor presidente? Lo contrario significaría reconocer que jamás el parlamento argentino ha sido atacado más hondo en su dignidad y en su decoro que con las palabras del señor ministro del interior. Y francamente, quien como yo conozco las bellas cualidades que adornan su persona, debe aceptar complacido la aclaración que él mismo hace de sus propias palabras, porque no nos es dable suponer que, en medio de la armonía existente entre estos dos poderes del gobierno, pudiera en los días tranquilos y serenos porque pasan las deliberaciones de la cámara, decirse, nada menos que por un representante del Poder ejecutivo, lo que jamás se le ha dicho al parlamento argentino ni en sus horas más turbulentas y agitadas.

De todos modos, como las palabras del señor ministro han de quedar insertas en el «Diario de sesiones», yo quiero dejar constancia de mi formal protesta por la interpretación ofensiva que pudiera dárseles, porque de ser ellas acertadas y justas, nosotros, señores diputados, tendríamos que renunciar nuestro mandato, á fin de que se disolviera un Congreso que no tendría los prestigios necesarios ni la autoridad moral suficiente para dictar leyes sobre la vida civil de la República, ni para continuar legislando sobre el patrimonio de los hombres, el honor de la familia y la organización de los hogares argentinos. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Salvada así la situación en que me encuentro, séanme permitidas algunas ligeras consideraciones para rectificar errores de concepto, de doctrina y de gobierno que á mi juicio encierra el

discurso pronunciado por el señor ministro del interior.

Los extranjeros que desde esas tribunas hubieran podido escuchar el elocuente discurso por él pronunciado, ó los que más tarde lo hubieran leído en la versión taquigráfica ó en los distintos órganos de publicidad de aquí ó fuera de aquí, ya que el telégrafo, por lo menos en su parte más importante, se ha de haber encargado de difundirlo por el mundo, podrían creer que nosotros en materia institucional estamos infectados por el virus de una enfermedad exclusivamente argentina. ¿Es eso cierto, señor presidente? ¿Es posible que el fraude electoral sea fruto exclusivo de nuestras pampas y una enfermedad característica de nuestro pueblo?

No lo creo, ni lo admito. El hombre de este país no nace más inclinado al delito electoral que el hombre de otros países. No somos aquí más pecadores que en otras partes. El argentino en este punto es lo mismo que el francés, que el inglés, que el sajón, que el norteamericano.

Si nuestro raciocinio lo hiciéramos pasar por ese grado de comparación que Kant consideraba indispensable para llegar al exacto conocimiento de las cosas, sabríamos que el sufragio está en crisis en todas partes, que sus vicios, que sus males, que sus defectos se hacen notar en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos. Fácil sería demostrarlo. Lo declaran con altura y con firmeza los «exponentes más descolantes de esos grandes centros de cultura.

Charles Benoit, el apóstol de esas ideas en Francia, fustiga los fraudes electorales diciendo que en aquel país hay elecciones que son verdaderos pillajes. Lord Salisbury, en Inglaterra, en las horas crepusculares de los últimos días, hablaba con melancolía de esta materia; y Steal, en los Estados Unidos, declaraba ha poco que parecía que existiese una conspiración universal contra el sufragio. Por eso es que en esos países los estudiosos, los estadistas y los hombres de gobierno, sin desautorizar jamás el gobierno de los parlamentarios, se afanan por descubrir y conjurar esos males del estado moderno. Saben que hoy por hoy la verdad del sufragio y el perfeccionamiento institucional son sólo un ideal; y para apro-

ximarse á esa verdad y para lograr en lo posible ese perfeccionamiento se ponen á la tarea con pasión y con empeño, con la misma noble pasión y con el mismo inteligente empeño que yo me complazco en reconocer públicamente en el digno señor ministro del interior; pero sin ofuscarse hasta el extremo de olvidar el grado de relatividad que fatalmente debe existir en esta materia.

He ahí, señor presidente, mi profunda discrepancia con el señor ministro del interior. Como todo ciudadano honrado reconoce los propósitos plausibles que inspiran la política del señor presidente de la República. Estoy con la reforma. He subscrito el proyecto del Poder ejecutivo despachado por la comisión, que se encuentra á la consideración de la honorable cámara; pero no estoy de acuerdo ni con el cambio de sistema ni con una parte del discurso del señor ministro del interior. Critico en el presidente de la República el mejoramiento institucional como un criterio absoluto de gobierno, como un asunto excluyente y absorbente de todo otro. Combato la orientación unilateral que se le quiere dar á la reforma: ese afán en hacer triunfar la lista incompleta. Critico en el señor ministro esa crueldad con que descalifica el sistema de la lista, tanto más después de habernos dicho que el Poder ejecutivo—son sus propias palabras—quiere organizar la democracia, quiere instaurar, no ya restaurar, el sufragio; lo que me da argumento para decirle que no habiendo sido experimentado, ni siquiera ensayado, el sistema de la Constitución, mal puede afirmarse su fracaso.

No me interesan, señor presidente, como parece creerlo el señor ministro del interior, tan sólo los puertos, los muelles, los ferrocarriles, el telégrafo, el área de tierra cultivada, la explotación de las riquezas naturales: no me preocupa exclusivamente, ¡qué ha de preocuparme! el progreso material; lo que yo me proponía en esta parte de mi exposición, erróneamente interpretada por el señor ministro y acerbamente juzgada por él, era indicarle, precisamente á él, que con los progresos de orden material se llega al perfeccionamiento institucional, ya que las instituciones son, en el concepto de Loria, una superestructura que se alcanza

con el perfeccionamiento económico; ya que, como observa Burke, el espíritu democrático en América nos lo ha dado, más que las exhortaciones de lo alto la economía de los propietarios cultivadores.

Empeñado como estoy en el éxito del gobierno actual, antes que el señor ministro del interior—dentro de la imagen que tanto parece haberle complacido—emprenda el vuelo y vuelva á tomar altura para enseñarnos desde allí, á nosotros, miseros mortales, las regiones de un vasto porvenir, quiero manifestarle, en mi deseo de que la misión tanto del señor presidente de la República como del señor ministro, resulte más práctica y más eficaz, más positiva y más profícua, que conviene resuelvan quedarse en la tierra... Yo no acepto, ni en hipótesis, que el Poder ejecutivo tenga alas; y si me fuera permitido sintetizar mi pensamiento al respecto, repetiría textualmente las palabras de Roosevelt, el gran presidente de la Unión Americana: «El hombre de gobierno debe tener un ideal superior, pero debe perseguirlo prácticamente; debe caminar mirando una estrella polar, pero sin olvidar jamás que lleva sus pies sobre la tierra».

Y basta por ahora. Más adelante, cuando las consideraciones políticas, prácticas, históricas, filosóficas y sociales estén agotadas, consideraciones hechas en forma tal que levantan el parlamento argentino á la altura de sus mejores días, lo que no es el mejor alegato que pudiera hacerse en contra del sistema de la lista, más adelante, digo, no obstante creer que predominan todavía en el debate las razones constitucionales que aduje en mi anterior exposición, reforzadas después eficazmente en este punto por el señor diputado Ferrer, en su réplica al discurso del señor ministro, he de dilucidar un artículo de previo y especial pronunciamiento, que nos interesa y nos afecta á todos por igual: la constitucionalidad de la lista incompleta, ya que todos, señor presidente, Ejecutivo y Congreso, hemos jurado respetar y cumplir la Constitución nacional.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!* Aplausos en las bancas.)

10

FACULTADES

DE LA COMISIÓN DE LÍMITES

Sr. Roca—Pido la palabra, si me permite el señor diputado... (*Dirigiéndose al señor diputado Peña.*)

Sr. Peña—No soy yo el que la concede.

Sr. Presidente—Con el consentimiento del señor diputado, la presidencia no tiene inconveniente.

Sr. Carlés (M.)—Pido la palabra.

Es necesario que regularicemos la discusión. En plena batalla, estamos desviándonos del reglamento para recomenzar las guerrillas.

Sr. Roca—Observaré al señor diputado que no voy á hacer guerrillas. Voy á hablar de un asunto ajeno á este debate.

Sr. Carlés (M.)—Para que todos pudiéramos expresar nuestro concepto en general, y no en detalle, incumbe á la presidencia el cumplimiento del reglamento.

Sr. Avellaneda—El cumplimiento del reglamento es precisamente el que me ampara á mí, como miembro de la comisión de negocios constitucionales.

Sr. Carlés (M.)—Podría haber hablado después que lo hubieran hecho todos en general.

Sr. Presidente—Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba, doctor Roca.

Sr. Roca—Muchas gracias.

Voy á distraer un momento la atención de la cámara, ocupada en este trascendental debate, para solicitar, en nombre de la comisión especial encargada del estudio de los límites entre las provincias de Buenos Aires y Entre Ríos, la autorización necesaria, que la comisión juzga indispensable en este caso, dada la gravedad y la magnitud del asunto, para dirigirse oficialmente á los gobiernos de las respectivas provincias pidiendo la remisión de todos los antecedentes que se refieren al hecho, entendiendo de esta manera cumplimentar la prescripción del artículo 67, inciso 14. de la Constitución y las leyes que como consecuencia de esta prescripción constitucional ha dictado posteriormente el Congreso.

La comisión cree que sus facultades podrían llegar hasta no necesitar la autorización previa que hoy pide; pero la importancia del asunto la hace considerar que es mejor robustecer en este caso su autoridad con la propia autoridad de la cámara.

Sr. Presidente—Se va á votar si se concede á la comisión la autorización que pide para solicitar los antecedentes á que se refiere.

Sr. Padilla (E. E.)—Entiendo que la comisión está autorizada para usar de todos los medios conducentes al fin.

Sr. Presidente—Pero desde el momento que pide autorización, no hay inconveniente en acordársela.

—Se vota si se concede á la comisión especial el permiso que solicita, y resulta afirmativa.

11

LEY ELECTORAL

Sr. Presidente—Tiene la palabra el señor diputado Peña.

Sr. Peña—No necesito decir á mis honorables colegas que he pedido la palabra para fundar mi voto en favor del sistema de lista incompleta propuesto por el Poder ejecutivo. Me determiné por él aun antes de que fuera adoptado por el Poder ejecutivo, respondiendo á razones de orden institucional y práctico, que son las que voy á exponer.

Pero antes de entrar en materia, considero conveniente definir cuál es el mecanismo de este sistema, porque he podido apercibirme de que muchas de las objeciones que se le hacen reposan en una comprensión equivocada ó incompleta del mismo.

Es sumamente sencillo. Precisamente fué ésta una de las razones que tuve para prestarle mi adhesión. Entendía que si había llegado el momento de dar representación á las minorías, no debíamos adoptar formas complicadas. Seguía en esto la regla recordada en esta cámara por un distinguido colega, el señor diputado López Mañán, de que la naturaleza no anda á saltos; y para pasar del sistema actual á un sistema que dé representación á las minorías, ningun-

no más inmediato, ninguno más próximo que éste. Se le puede hasta definir diciendo que es el mismo sistema actual, moderado, temperado.

Por el sistema actual es bien sabido que á cada elector se le reconoce dentro de su distrito el derecho de votar por tantos candidatos cuantos sean los cargos á proveer.

Por el sistema que se propone se limita el número de candidatos por los cuales puede votar un sufragante en aquellos distritos donde sean convocados á designar tres ó más representantes, ó tres ó más electores de presidente y vice de la Nación.

¿En qué forma el procedimiento facilita la representación de las minorías? En razón de esa misma limitación del voto.

Voy á poner un ejemplo claro.

Un partido presenta dos mil votantes en una elección, y otro partido mil, y se trata de designar tres representantes. Como cada elector no puede dar su voto sino por dos candidatos, aquel partido que ha reunido los dos mil votos da á sus dos candidatos dos mil sufragios y el que conduce á la elección mil votantes da á los suyos mil sufragios.

¿Quiénes resultarán electos? Aquellos que obtengan la pluralidad y en el orden de sus respectivas mayorías.

Desde luego, si han votado con inalterable disciplina los sufragantes de cada partido, el partido que ha aportado dos mil votantes obtiene sus dos representantes; en seguida, de los otros dos candidatos, si tienen igual número de votos, se elige uno por sorteo; pero como será sumamente difícil que aparezcan en el escrutinio con la misma suma de votos, entonces se adjudica el cargo á aquel que ha obtenido la pluralidad ó mayor número de sufragios, en el orden establecido.

Porque la regla de la simple pluralidad no rige los votos que debe tener cada uno de los sufragantes; es una regla para el escrutinio, regla que la pueden consultar distintos sistemas de votar, ya uninominales, ya plurinominales.

Propiamente, el sistema que defiende es el del voto limitado; porque no es la lista incompleta, como se practica en

Entre Ríos, por ejemplo. Creo que muchos han considerado que este sistema no consulta la regla de la simple pluralidad, porque han entendido que se trata de un voto con escrutinio por lista, y que entonces podrían resultar algunos electos, sin observarse las reglas de la pluralidad. Y estarían en lo cierto.

De aquí que haya sido preciso adoptar la forma sencillísima de voto limitado, y no la forma de Entre Ríos, ó de la lista incompleta verdadera. Es de observar también que actualmente no se vota por lista ni se hace escrutinio por lista, aunque el voto comprenda todos los candidatos á elegir.

Continuaré, sin embargo, empleando en el curso de mi exposición la expresión *lista incompleta*, pero, bien entendido, para enunciar su modalidad del voto limitado. Y como es un voto que se acuerda al sufragante y no al partido, es aquí de prevenir que no es exacto que un desdoblamiento sería desleal, como se ha dicho.

En este sistema, el desdoblamiento es un control para evitar que minorías inapreciables obtengan representación desproporcionada al número de sufragantes. El desdoblamiento es un control mejor que el del quorum de que se habla, estableciendo que una minoría, para obtener la representación, debe alcanzar á un tercio, cuando menos, del total de votantes.

El control del quorum estimulará el fraude. Habrá entonces interés positivo para evitar que una minoría llegue á obtener el tercio.

El desdoblamiento es peligroso para la mayoría. Necesita tener por lo menos los tres cuartos de sufragantes, porque si se desdobla con dos tercios, se expone á que por el más mínimo error de cálculo, la minoría le lleve la mayoría de la representación.

No sé si esta explicación habrá dado una idea completa de lo que se trata.

Voy á seguir la discusión en todos los terrenos á que se la ha llevado, pero limitándome á las cuestiones planteadas, porque tiene el asunto tantas conexiones y ramificaciones, que se prestaría á explayaciones interminables. si el orador (me daré este nombre porque creo que es así como clasifica el reglamento al diputado que habla) intentara

abarcarlo en todos sus aspectos, así los considerados como los no considerados.

Cada vez que un proyecto de ley de elecciones ha sido sometido a la deliberación de las cámaras, se ha puesto en tela de juicio la constitucionalidad ó inconstitucionalidad del sistema. En las deliberaciones anteriores, el debate versó exclusivamente entre la lista actual y la circunscripción. Ahora se discute también la lista incompleta.

No esperaba que los partidarios de la lista actual arguyeran la inconstitucionalidad de la lista incompleta, porque es el mismo sistema temperado.

El sistema actual es malo, y ha dado desastrosos resultados en la práctica; por eso se le corrige, y su forma inorgánica, diré así, se substituye por otro que, como la del voto limitado, remedia sus mayores inconvenientes.

La objeción es injustificada, porque lo que constituye el alma de la argumentación, en oposición á la circunscripción, para refutar su constitucionalidad, es que el sistema de la circunscripción no consulta estos términos de la Constitución: elección directa por el pueblo de las provincias, y que cada provincia debe ser considerada como un distrito. Al subdividir una provincia en distritos para la circunscripción, dicen, la regla constitucional sufre. Como la lista incompleta se proyecta para elección á base del distrito único de provincia, la objeción no reza, pues, con ella.

La otra objeción es la de la simple pluralidad. Pero he demostrado que la simple pluralidad se consulta en este sistema, como pueden consultarla muchos otros sistemas de votar.

X Bien, señor presidente. Voy á entrar como todos á la cuestión planteada respecto de cuál sea el contenido del artículo 37 de la Constitución; y si entro á él es porque creo que puedo aportar nuevos elementos de ilustración. Creo que nada da una mayor inteligencia de una cosa que conocer los materiales de que está compuesta. Esa inteligencia será tanto mayor si uno puede llegar hasta el espíritu que dirigió la composición de la obra, para ver cómo y para qué la obra se ha hecho.

El artículo 37 es una combinación del artículo 10 de la constitución del año 26 con el artículo 61 del proyecto de Alberdi. Lo demostraré.

El artículo 10 de la Constitución del año 26 estaba redactado así: «La cámara de representantes se compondrá de diputados elegidos por nombramiento directo de los pueblos y á simple pluralidad de sufragio, en la proporción de uno por quince mil habitantes ó por una fracción igual al número de ocho mil». El artículo 61 del proyecto de Alberdi: «La Cámara de diputados representa á la Nación en globo, cuyos miembros son elegidos por el público de las provincias que se considerarán á este fin como distritos electorales de un solo estado. Cada diputado representa á la Nación, no al pueblo de la misma».

Fácilmente se echa de ver que la disposición «elegidos directamente, etc.», ha sido tomada de Alberdi é intercalada en el artículo 10 de la Constitución del año 26, á fin de establecer que si los diputados son elegidos por el pueblo de las provincias, éstas se consideran á ese fin como distritos electorales de un solo estado.

No es simple suposición la mía. Que el artículo 10 de la Constitución del año 26 lo tuvieron á la vista los redactores de la Constitución, se demuestra de una manera evidente por prueba material, con la siguiente observación: que el artículo 11 de la Constitución del año 26 es el artículo 38 de la nuestra; que el artículo 12 de la Constitución del año 26 es el artículo 39 de la nuestra y que el artículo 14 es el artículo 41 de la nuestra. Prescriben disposiciones transitorias y no es de suponer que los constituyentes del 53, hayan podido incorporarlas al texto constitucional vigente sin tomarlas de la Constitución del año 26, por el orden de la numeración de los artículos y por su redacción. Se ve que el artículo de Alberdi fué consultado por las palabras: «que se considerarán á este fin como distritos electorales de un solo estado». No parece ningún otro texto anterior con ellas, ni nacional ni extranjero.

¿Qué explicación se deriva de estos antecedentes sobre la construcción del artículo respecto de la cuestión que nos ocupa? Desde luego, aparece perfectamente justificada la interpretación de los que sostienen la constitucionalidad de la circunscripción. No significa la redacción del artículo de Alberdi sino tres formas distintas de decir la misma cosa:

Alberdi era así, incurria en reiteraciones. Y se desprende esto otro, señor: se desprende que evidentemente los constituyentes no quisieron sentar bases de derecho electoral.

¿Por qué? Porque el artículo 13 de la Constitución del año 26, interpuesto entre los tomados, se elimina. Y el artículo 13 reglaba el voto, en correlación con los artículos 3.º, 4.º y 5.º, todos ellos también desaparecidos. Allí, en esos artículos, se establecía quiénes tenían voto: allí se prescribía que los que no saben leer y escribir no pueden votar; que los que son dependientes ó sirvientes no pueden votar, con otras numerosas reglas y preceptos sobre el voto y todo ha sido eliminado.

Y si agregamos que Alberdi, de quien se tomó parte del artículo 37, dice: «Para no tener que retocar ó innovar la Constitución, reducida á las cuestiones más fundamentales, no comprendiéndose en ella disposiciones por su naturaleza transitoria, como las relativas á elecciones», toda duda se disipa.

Aparece, pues, de una manera clara con esos antecedentes qué es lo que se ha querido y qué es lo que no se ha querido. Lo que se ha querido, por lo que se ha puesto; y lo que no se ha querido, por lo que se ha eliminado.

Proporcionaré, además, prueba moral—hasta aquí he argumentado con pruebas materiales—de por qué el artículo 10 de Alberdi no fué volcado íntegramente en la combinación, dejándose tan sólo su parte substancial. Es sabido que quien dirigió los debates de la comisión redactora de la Constitución, fué Del Carril, aunque sin ser su miembro. Del Carril había sido ministro de Rivadavia en 1826, cuando se dictó la Constitución de ese año y la conocía á fondo.

En su ostracismo, Del Carril se dedicó á estudiar la ciencia política, especialmente las instituciones americanas. Modificó por ellas sus ideas unitarias y se hizo desde entonces transactivo. Del Carril era sintético, amigo de la brevedad; espíritu distinto, opuesto á Alberdi. Allí, donde Del Carril vió un precepto expuesto de tres maneras, escogió la fórmula más adecuada á un texto constitucional. Esto explica la razón de la eliminación de las otras dos fórmulas de Alberdi sobre el carácter

de la Cámara de diputados. La eliminación que se hace del artículo con prescripciones sobre el voto, fué deliberada, porque fué hecha por quien, como Del Carril, tenía profundos conocimientos de la ciencia constitucional, y es sabido que una de las reglas más elementales de derecho político es que las constituciones no deben comprender preceptos que por su naturaleza sean transitorios, como lo aconsejaba Alberdi.

Es, pues, evidente que se ha querido eliminar todo precepto con respecto á reglas electorales, para dejarlas libradas á la ley, y eso explica el hecho de que sólo aparezcan en la Constitución escasas disposiciones que pueden influir el régimen electoral é indirectamente, porque, como ya lo dijo el señor ministro, es preciso no olvidar, en cuanto al artículo 37, que no se ha escrito para dar reglas sobre derecho electoral, que se ha propuesto estatuir sobre la composición de la Cámara de diputados.

¿Por qué se aferran los partidarios de la lista actual en sostener la constitucionalidad de ese sistema, no obstante decir que no está preceptivamente impuesto por la Constitución? Llegan á ello por deducciones, presentando como partes reveladas de su sistema dos cláusulas del artículo 37, la de la elección directa por el pueblo de las provincias, y de la simple pluralidad de sufragios.

Si estas dos reglas tuvieran una relación necesaria con el sistema de esa lista, sería efectivamente un argumento, y un argumento serio. Pero cuando se reflexiona, se ve claramente que ninguno de los dos preceptos guarda relación de necesidad con el tal sistema.

Que el pueblo elige directamente. Bien; ellos tendrían que probar que la única forma de elección directa por el pueblo en un distrito grande, es la que propician, y sin duda no lo harán. ¡No, señor! Son numerosas las formas conocidas para la elección directa por el pueblo en grandes distritos!

Que la simple pluralidad de sufragios es un elemento necesario y característico del sistema de lista! Tampoco.

La simple pluralidad aparece consultada también en la lista incompleta, en el voto uninominal y en muchas otras fórmulas diferentes. La simple pluralidad, repito, es una regla para el voto.

Me figuro, señor, que se ha querido

aplicar el procedimiento empleado en las ciencias naturales para efectuar con trozos parciales, la reconstrucción de un organismo desaparecido. Bastánle á los sabios dos ó tres piezas del esqueleto de un animal prehistórico para deducir las partes restantes y reconstruir el todo. Pero es natural: hay relaciones necesarias entre las partes y el todo en los organismos vivientes; y aunque no soy muy fuerte en ese orden de conocimientos, me parece que el húmero de un hombre no puede servir para integrar el esqueleto de otro ser; ese húmero sólo podría servir para reconstruir un esqueleto ó sistema óseo humano ¿verdad? Pero no es este un procedimiento legítimo en el caso de que se trata, porque ya he demostrado que no existen relaciones necesarias entre las reglas de la Constitución y un sistema electoral único y determinado. Sabemos por otra parte, que al decir organismos políticos, sociales, institucionales, empleamos expresiones convencionales, para dar una idea aproximada ó figurada de lo que es el contenido. No hay relación necesaria entre sus elementos componentes, y así tenemos que de uno de ellos pueden derivarse numerosas combinaciones, como sucede con los preceptos sobre materia electoral de nuestra Constitución, que pueden ser bases igualmente sólidas para fundar distintos sistemas de elegir.

He ahí, pues, otra demostración, de que no es legítima la argumentación que han aducido los partidarios de la lista para ver en el fondo del artículo 37 nada más que el sistema de la lista.

Alegan que estuvo en la mente y la voluntad de los constituyentes, porque hasta esa época no se había practicado en el país sino el sistema de la lista. Es uno de los argumentos más fuertes é impresionantes.

He hecho una prolija investigación sobre elecciones con anterioridad al año 53. Desde luego, no necesito recordar que desde el año 30 hasta el año 53, no hubo elecciones que merezcan la pena de citarse. En tales tiempos, los de Rozas, no se elegía. Pero he recurrido á las instituciones, á las más inmediatas, al año 53. Porque es de saber que por el acuerdo de San Nicolás se estableció que los representantes de cada provincia á la Constituyente se elegirían según la ley local.

Desde luego, esa elección no arroja luz mayor, porque cada provincia nombró, como se sabe, dos representantes. En mi provincia, la Constitución que regía era la del año 47. En ella se establecía que la designación de representantes se haría por electores. Los electores se designaban por distritos. De modo que los representantes de mi provincia en la Convención de Santa Fe, al cumplirse lo establecido en el acuerdo de San Nicolás de que debían ser designados en la forma que lo estableciera la carta de la provincia para su legislación, fueron elegidos por elección de segundo grado. Más, señor; en todos los reglamentos y estatutos, desde el año 12, muchos de ellos con sinnúmero de prescripciones sobre derecho electoral y que no están en nuestra carta actual, hallo sólo por excepción, y para casos determinados, prescrito el sistema de la lista. La forma más utilizada fué la que he dicho que se había establecido en la Constitución del año 47 en la provincia de Córdoba.

Podría hacer numerosas otras consideraciones, pero me voy á detener aquí, para dirigirme ya á los no versados en derecho constitucional, porque hasta ahora he permanecido dentro del orden técnico y dirigiéndome á los profesionales.

He llegado á la conclusión de que no hay un precepto formal en la Constitución que establezca la lista. Es una tesis, es una doctrina... una tesis fundada, la que sostienen los partidarios del sistema actual.

Se invocan en su favor precedentes y los hay; está el manifiesto del Congreso del Paraná para justificar el rechazo de los diplomatas por Buenos Aires; donde se afirmó que la lista era el sistema constitucional. Pero no le doy mayor valor á esa afirmación, porque fué un documento político en la que se hizo, no un documento jurídico; y se hizo para extremar razones en pro de aquel rechazo.

Pero la otra tesis, la otra doctrina, ¿es arbitraria? No. La otra tesis ha sido desde luego sostenida formalmente por Rawson, por Montes de Oca... el mayor (*Risas.*) por Avellaneda, por Sarmiento, por Vélez Sársfield, por Pellegrini, por Roca, por Mitre, por todos los más altos exponentes del derecho, de la

política, de la experiencia y de la ciencia del gobierno en este país.

¿Es ó no una tesis, es ó no una doctrina autorizada?

X Y bien, señores: es el caso de opción entre dos doctrinas. Creo que no se debe plantear la cuestión, ni por los partidarios de una ni por los partidarios de otra de ambas tesis, en estos términos: la mía es la sola verdadera. Y ¿cómo decidir—me estoy dirigiendo á los que no saben derecho constitucional—cómo decidirse ustedes en este caso?

Hay un criterio: el de la conveniencia del país. ¿Cuál es la interpretación, cuál es la doctrina, cuál es la regla más conveniente á los intereses de la representación, á los de la composición de la Cámara de diputados, para la política y para el bien del país en general?

Señores: Yo creo que la opción en este caso no puede ofrecer dudas; que hay que estar por lo que más conviene al país y á los intereses generales, y entre una interpretación que sólo nos conduce á ver en las profundidades del artículo 37 la lista completa, es decir, la unanimidad y la opresión, y la otra que es mucho más rica, más substancial y más libre, á la que llegamos los que creemos que no hay ningún sistema comprendido dentro de la Constitución como quieren los que siguen un criterio rigorista, exagerado en materia de interpretación constitucional no hay vacilación posible! (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Si por la Constitución los tres sistemas en pugna resultan igualmente precedentes, como es el caso de todos los que puedan armonizar con la limitada y única exigencia de la simple pluralidad, veamos cuál resulta preferible dentro de las conveniencias generales, de las aspiraciones, de los anhelos, de las instituciones, en fin.

X Dije, señor presidente, que no debemos perder de vista que el artículo 37 de la Constitución se refiere á la composición de la Cámara de diputados.

Atendamos primero entonces á ver cómo cada sistema compone la Cámara de diputados.

No voy á hablar de la composición personal: creo que los partidarios de la lista exageran cuando dicen que el distrito rebaja la representación. La ex-

periencia ha desautorizado tal aserto, aunque sea indudable que el sistema por lista facilita la representación más elevada.

X Creo, además, y como consecuencia —ya que me he detenido sin querer en la composición personal—que el sistema de la lista incompleta hará una doble selección: selección en los representantes de la mayoría, y selección en los representantes de la minoría.

Es la composición política de la cámara lo que interesa principalmente. Hay que ver cómo influye cada sistema en esa composición, del punto de vista de la misión, del rol constitucional de la cámara.

La lista incompleta realiza plenamente la aspiración de nuestro sistema de gobierno, que reclama en la cámara una mayoría con unidad de acción y de pensamiento.

Los otros sistemas para dar representación de la minoría, los proporcionales sobre todo, nos darían cámaras fraccionadas entre tres ó cuatro opiniones. El sistema de circunscripción, si tuviera éxito—y me pongo en el caso de que lo tuviera—nos conduciría también á una cámara de opinión fraccionada, por razones que de suyo se desprenden donde no hay partidos organizados.

X Bien: ¿han pensado los partidarios de la circunscripción en las consecuencias de una cámara fraccionada dentro de nuestro sistema de gobierno? ¿Cómo recomponer para el gobierno dentro de esta cámara la unidad rota en el comicio por el sistema de la circunscripción? En donde rige el sistema parlamentario, es fácil porque los acuerdos ó alianzas se imponen para constituir la unidad directiva del ministerio. Pero donde no tenemos el sistema parlamentario y tenemos el régimen presidencial y la división de los poderes, división que supone armonía entre ellos, y armonía que sólo puede nacer de la armonía de las personas que los constituyen, el problema es otro.

Los norteamericanos han combinado admirablemente su sistema para evitar crisis de gobierno por diferencia de opinión entre las cámaras y el presidente. Hacen coincidir con una elección presidencial la renovación total de la Cámara de diputados, y han calcula-

do que cuando el partido adverso obtenga la mayoría en la renovación intermedia del período presidencial ya no estará en su interés provocar dificultades en el gobierno por la proximidad de obtener el poder.

Pero entre nosotros, ¿qué nos dice la experiencia?

La experiencia nos dice que cuando en una cámara se producen disidencias, ó más bien dicho, entre ambas cámaras ó entre una de las cámaras y el Poder ejecutivo, proviene la crisis inevitable y fatal.

Donde existe el régimen parlamentario, es de regla que cuando entre dos cámaras hay disidencias, ó cuando una cámara se fracciona, y no puede dar mayoría para facilitar el gobierno, es un caso constitucional de disolución de las cámaras.

Entre nosotros no procede en ningún caso la disolución de las cámaras; no tenemos, entonces cómo precavernos del mal que ocasionaría un quebrantamiento en la composición de la Cámara de diputados. Y creo que es elemental prever al dar las bases de nuestro régimen electoral, las consecuencias del sistema en lo más fundamental: el régimen constitucional.

¿Qué es lo que ha pasado en el país con la descomposición de las cámaras?

Es la historia de la mayor parte de las perturbaciones institucionales en las provincias.

¿A qué entrar en recuerdos?... No hay más que señalar el hecho para que los señores diputados aprecien lo que significa el desacuerdo entre una cámara y el Poder ejecutivo, por ejemplo.

¿Cuántas intervenciones y juicios políticos por esa causa?

¿Qué resultados ha traído, por ejemplo, la composición de las cámaras de la provincia de Buenos Aires, cuando se aplicó el régimen proporcional con lealtad, cuando concurrieron tres partidos y se dividieron la representación? ¿Esterilizaron dos gobiernos!

Y fué precisamente por una necesidad de gobierno que se procurase, después, valiéndose de medios más ó menos lícitos, la mayoría en las Cámaras, la necesidad de que pudiera haber unidad en ellas, para evitar los trastornos que ocasionara ese fraccionamiento.

Sr. Lacasa—No faltará algún diputado que le explique cuál fué la acción de las cámaras.

Sr. Peña—No quiero que nadie me explique nada! (Risas.) Me dirán después si es ó no exacto. Presento casos á todos mis colegas.

Sr. Lacasa—Cada uno le podría contestar á esas afirmaciones de «magister» al señor diputado.

Sr. Peña—Ante las exigencias del principio de la representación, es mejor también el sistema de la lista incompleta. No es cuestión únicamente, señores, de que los ciudadanos voten; es preciso, para la buena salud y el régimen de una organización democrática, que la mayoría de los votantes estén representados, porque «una cosa es votar y otra cosa es estar representado». Por el sistema de la lista completa, apenas la opinión se presenta dividida en tres fracciones importantes—y el caso se ha producido numerosas veces—cuando una minoría con relación total de los votantes, obtiene toda la representación, y entonces esa minoría resulta solamente representada en detrimento de toda razón y justicia.

En el caso de la circunscripción, la experiencia de 1904 en esta capital reveló también que conduce al mismo odioso resultado; mientras que con la lista incompleta será sumamente difícil que no resulte la mayoría de los votantes representada, desde el momento que fatalmente triunfantes las dos agrupaciones sumarán el mayor número de votos.

Voy á otra demostración muy rápida y brevemente, porque me parece que...

Sr. Ministro del interior—No; si está interesantísimo.

Varios señores diputados—Continúe, señor diputado.

Sr. Peña—Voy á ser muy breve, decía, para demostrar otras ventajas del sistema con relación al voto uninominal por circunscripciones.

Analicemos una consideración hecha por el señor diputado Roca, y que es un argumento respetable en favor de la circunscripción.

El señor diputado Roca ha dicho que por la circunscripción se consigue que los representados conozcan al representante, y viceversa.

Aquí es el caso de decir, señor presi-

dente, que no debemos olvidar, al dar formas á la organización electoral del país, cuál haya de ser el móvil determinante del voto en el votante. En las elecciones por circunscripción realizadas en la República, el móvil determinante del votante fué, en la mayor parte de los casos, personal. Apareció movido al ir á la urna no por un principio político ó de gobierno; y si por la simpatía ó por el afecto que el candidato le inspiraba. Es el poder magnético de éste el que le atraía, y ocurrió que planteada la lucha, no animó á los sufragantes otro impulso que el personal y la representación que trajeran á este recinto los electos fué la personal de su meritorio esfuerzo.

Debo hacer una advertencia. No convengo en que el gran distrito sea conveniente para la representación. Creo procederíamos con acierto dividiendo los distritos grandes. En los distritos medios los representados conocen también á los representantes, porque los nombres significan ó la actuación ó la bandera que esos hombres representan, ó el propósito económico que los anima—y en ese caso, señores, encontramos que se reclama del elector un móvil para su voto, que no es personal: un móvil que es político ó de ideas ó de sentimientos comunes. ¿Y qué es lo que puede ser más conveniente, señor, en la composición de la representación nacional y en su espíritu? ¿que sus miembros representen principios, representen sentimiento colectivo, representen algo altruista, ó que vengan á sentarse aquí nada más que con meras representaciones personales, y por lo mismo egoístas? (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Se dirá, señores, que á este resultado no se ha llegado en Inglaterra ni en los Estados Unidos con el distrito. Evidente! En Inglaterra como en Norte América el sistema de la circunscripción no ha producido ni la descomposición ni el personalismo en la representación legislativa que podemos pronosticar para nuestro país. En Inglaterra el voto es un voto de partido, se da al candidato del partido y al candidato lo designan los *leaders*. Se va á la urna á votar como conservador ó como liberal. De tal modo que la representación en aquella organización política aporta siempre significado político á la composición de los Comunes.

En los Estados Unidos, bien sabemos que la organización de los partidos, menos que las ideas que representan, dificulta el triunfo en las circunscripciones de los candidatos independientes. Porque todos los electores, por razones de moral política del pueblo americano, ó van á votar por los candidatos de su partido ó no van á votar. Allí siempre el voto es un acto político, y es así como tenemos constantemente dividida la cámara de representantes de Norte América en republicanos y demócratas. Pero estoy seguro, señores, que el día que la circunscripción llevara representantes personales á la cámara, y particularmente me refiero á Norte América por la semejanza de nuestros sistemas institucionales—el día en que la circunscripción produjera el quebrantamiento de sus fuerzas políticas, el día que no pudiese formarse una mayoría que fijase rumbos á la legislación y á la política, ese día el sentido práctico admirable de aquellos dos grandes pueblos, haría desaparecer inmediatamente el sistema de la circunscripción, para substituirlo por otro que consultase mejor las exigencias colectivas de la Nación. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Es bueno, por otra parte, tener presente lo que se desea con respecto á la representación de cada diputado. Allí donde yo encontraba la constitucionalidad de la circunscripción, allí encontraba también la razón para que la circunscripción no pudiera ser un sistema aconsejado entre nosotros.

Se ha querido evidentemente que los representantes se sientan asistidos en el desempeño de sus funciones, nada más que por inspiraciones colectivas y en bien de los intereses generales del país, que obren como representantes de la Nación y no de las provincias ó sus localidades.

No aludiré á las consecuencias que para el gobierno del país tiene ya hoy el hecho de considerarse cada uno de nosotros como representante de su provincia. Cada uno de nosotros cree que llena su deber obteniendo algún beneficio para su provincia; cada uno está satisfecho entonces de su misión como representante. ¿Pero qué ocurriría con representantes de las circunscripciones? Aumentar los males que se señalan ya, localizar más y más las miras de nues-

tro Congreso, que vota abundantemente leyes sobre mejoras locales, que producen desequilibrio en el organismo financiero de la Nación, aunque no en el grado y en el extremo que se afirma, pero contra los cuales la opinión cree que es necesario reaccionar y que ya el Poder ejecutivo ha señalado a nuestra atención por órgano de su ministro de hacienda, llegando a inculpar al Congreso presunto el desarreglo en las finanzas en razón de esas mejoras locales.

¿Qué va a ocurrir, señores con la circunscripción? El representante de la circunscripción ante todo, como norma primera de su actuación en la cámara, se impondrá el deber de obtener una obra local para su distrito. Implicaría desnaturalizar el carácter de la representación, y considero que es uno de los motivos por los cuales en Francia se repudia ahora ese sistema, se ha recargado allí de tal modo el presupuesto que las rentas fallan y el equilibrio financiero se pierde, según lo declaran todos los hombres públicos de aquel país, ante las gestiones incesantes que hacen los representantes para cada una de sus localidades.

¿Y su acción entre los partidos?... Desde luego, yo no comprendo que un sistema electoral, cualquiera que sea, pueda formar partidos políticos. Los partidos políticos se forman antes de las elecciones y no por razón de la elección.

Sr. Ministro del interior—En los comicios.

Sr. Peña—Los partidos políticos son necesarios, indispensables para la vitalidad política de un país democrático.

Precisamente, se señala como síntoma de debilidad cívica en un país la falta de partidos orgánicos. Y cuando en las viejas naciones comienzan sus robustos organismos a degenerar, preocupan sus estadistas de buscar pretextos para restablecer la lucha entre las dos grandes fuerzas contradictorias que suponen. Porque si es cierto aquello de que el principio de contradicción hace andar al mundo, con más razón es la contradicción entre partidos lo que hace andar la democracia, y perfecciona las instituciones. ¿Qué es lo que ha perfeccionado las instituciones inglesas? Lo dicen todos los publicistas: es la lucha secular entre dos tendencias, la que ha-

ce bandera de privilegio y la que hace bandera de la prerrogativa. ¿Qué es lo que ha perfeccionado las instituciones norteamericanas? La lucha constante entre dos sentimientos políticos contrapuestos, el que tiende a la centralización y el que la resiste.

Es un mal, señores: es un mal que no existan los partidos. Pero, los partidos, ¿pueden improvisarse? ¿basta decir: háganse los partidos para que los partidos surjan? No; los partidos necesitan, como alma de su razón de ser, un principio simple: religioso ó político. Hoy, como las dimensiones religiosas—por lo menos en los países civilizados—no actúan ya queda la diferencia política; la diversidad de opiniones sobre la forma de gobierno, sobre la organización del gobierno ó sobre la manera de actuar general del gobierno. Tenemos nosotros esa contradicción? Yo creo que todos coincidimos en afirmar que no. No hay base, pues, en una contradicción de ese orden, para hacer andar los partidos. Hubo partidos cuando esos sentimientos tuvieron vitalidad; cuando los unitarios y federales y cuando los provincianos y porteños; pero desde que esos motivos de contradicción se borraron, no ha surgido otro antagonismo político profundo para la constitución de partidos orgánicos, es decir, de partidos con vinculación por ideas y sentimientos; no los partidos ocasionales, que se forman para una actuación opositora contra determinado gobierno ó gobernante, ó por una circunstancia extraordinaria y transitoria. Esos son partidos ocasionales; no son los partidos de principios.

No tenemos hoy más contradicción, que la denunciada por la mayor parte de los oradores entre oficialista y opositor. Es la única que mueve nuestra actividad cívica. Pero en ella no hay principios. Tan es así y tan alternadas han sido las ubicaciones políticas de los hombres en este país, que pocos se habrán salvado de ser hoy oficialistas, pensando como todos los oficialistas sobre la forma de actuar del gobierno. é inspirando sus críticas a la oposición, en los juicios é ideales comunes entre los que se encuentran en esa posición, para ser al otro día opositores, y sentirse compenetrados en seguida de toda una

nueva alma opuesta y con otros sentimientos, con otras ideas, con otros juicios, con otros conceptos de las cosas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Y bien, señores: la circunscripción ha demostrado que en este país, es peligrosa hasta para la formación de los partidos políticos ocasionales; lo ha demostrado en el caso de las elecciones del año de 1904. En aquel entonces actuaba un sentimiento fuerte de contradicción que los dividía la cuestión presidencial, sobre todo, donde fué el teatro de la lucha de la circunscripción, en la capital de la República; y esas tendencias, que aparecieron en frente a disputarse el triunfo cuando la designación de senador y de los electores de presidente, en ninguna parte se vieron luchar netamente cuando se disputó la elección de diputados. La circunscripción había disuelto el sentimiento que vinculaba a las corporaciones políticas en movimiento.

La lista incompleta consulta esa dualidad de nuestros desistimientos, de lucha en materia política, esos dos sentimientos, oficialista y opositor, vivos siempre en las provincias, que es donde interesa consultarlos porque en los últimos tiempos pocas veces se ha manifestado en orden a la política nacional ó general del país.

Es observación hecha también en otras partes: que lo que interesa a la oposición dentro de un gran distrito es obtener allí, en ese distrito, el triunfo; porque no se consuela con el éxito de sus afines en los otros distritos y es humano.

Satisface, por lo tanto, la lista incompleta a la modalidad política de nuestro país en su juego ó contradicción entre oficialistas y opositores.

Y aquí podría yo, como una observación, de crítica y de juicio institucional—prescindiendo de las personas—señalar un error en la creencia del señor presidente de la Nación de que, colocándose fuera de los partidos y sobre los partidos, nuestras contiendas cívicas cobrarán energía y vigor.

De treinta ó cuarenta años a esta parte sólo se dice entre nosotros vamos a organizarnos contra el gobierno, a combatir al gobierno ó al partido del gobierno. Y los que están con el gobierno, a defender al gobierno.

Pero desde el momento que falta uno de los términos de contradicción, desde el momento que falta el partido del gobierno, ¿cómo podrá surgir el partido de oposición? Si va a ser desesperada la condición de los que intentan esta empresa, fallándonos el móvil real y positivo de la acción.

Antes, cuando se meditaba formar un partido de oposición, comenzaba la prédica y la propaganda. ¿En qué forma? Por razones de la máquina de que vamos a ocupar en seguida, atacando rudamente a la persona del presidente de la República, ó, en provincias, a la persona del gobernador. Y digo por razón de la máquina, porque se comprende que dados los enormes y poderosos medios de acción política que tienen en sus manos el presidente de la República, por una parte, y cada uno de los gobernadores, por otra, en sus provincias, no hay otro medio de ser eficaz, no hay otro medio de debilitar al adversario, al enemigo, que es jefe de la máquina, presidente ó gobernador, que minarle su fama, presentándolo como execrable a la consideración pública ante conceptos de moral política ó de la conducta en general, personal y pública.

Pero, ¿qué es lo que va a animar nuestras luchas cívicas, si no aparece en escena un partido de gobierno? Nada; a no ser que sucesos imprevistos dividiesen por ventura la opinión.

La actitud del presidente de la Nación, en vez de ser un estímulo para la formación de los partidos, descompone los únicos resortes de contradicción política entre nosotros.

Nos resta por examinar los tres sistemas con relación al enemigo de la libertad política en este país: la máquina. ¿Qué es la máquina? La máquina no es sino el conjunto de funciones de poderes personales que por la Constitución ó por la ley tiene el jefe del Poder ejecutivo. Definida así la máquina, está dicho é indicado quién es el maquinista. (*Hilaridad.*)

He comparado la organización de nuestro Poder ejecutivo con la organización en los demás países cultos. De esa comparación han surgido mis juicios. En la República Argentina no tendremos libertad política mientras subsista la actual organización del Poder ejecutivo, en la forma que lo ha estable-

eido la Constitución y desenvuelto la práctica.

Pensemos en todos los poderes de protección é influencia que tiene en su mano el presidente de la República; de protección é influencia sobre las personas, corporaciones, instituciones, aquí y en el resto del país, en las otras provincias!

Pensemos, señores, que no son poderes reglados, que son poderes hasta hoy discrecionales; que hoy el presidente de la Nación ó el gobernador de provincia nombra discrecionalmente á todo el personal de la administración, sin una ley que determine las pruebas de idoneidad requerida.

Pensemos, señores, que tienen las policías en sus manos; que las policías no están regladas; que las policías ejercen innumerables atribuciones discrecionales sobre las personas y sus intereses.

El comerciante, el industrial, el trabajador, el propietario, todas las profesiones, dependen en cierto modo de la policía. Hay una conveniencia muy grande y muy positiva en estar bien con la policía; no tanto por temor á su machete cuanto por la protección que puede dispensar, y que la dispensa á designio; porque no la dispensa como una obligación susceptible de reclamarse por recurso rápido ante los jueces, como en los países donde está reglada, como en Norte América, como en Inglaterra, como en Alemania. No; de grado, de buen grado procede aquí la policía, y así protege ó desampara.

Leía no ha muchos días el reglamento del Poder ejecutivo á la ley sobre el descanso dominical. ¡Cuántas personas vinculadas á la policía por esa ley! El juez no interviene en su aplicación; es el jefe de policía quien decide si se ha cometido ó no la infracción y quien la castiga, multando. Agregad las atribuciones en al percepción de la renta, en la inversión de la renta y en los cientos de millones que suma, para que os déis cuenta de cuál podrá ser la acción directa é inmediata sobre los ciudadanos de tan inmenso poder.

La autoridad de provincia, el ejecutivo de provincia se ha modelado á la manera que se ha modelado la autoridad del presidente de la República en su orden; y sabemos—tienen que saberlo todos los señores diputados que ha-

yan actuado en elecciones de campaña—lo difícil que es llevar gente á votar contra la máquina! Se necesita que esté de maquinista ó un débil ó un perverso para que la masa de los ciudadanos se determine á ir contra la máquina. Porque si es un hombre discreto, un hombre prudente, que ejerce con destreza sus poderes de protección el que está á su frente todos los favores que puede dispensar en el ilimitado campo de acción de su autoridad, para que no haya como ganarle una sola elección á la máquina, sin que la máquina tenga que usar de medios violentos ó fraudulentos, nada más que con el ejercicio de sus poderes de protección! (*¡Muy bien!*)

¿Débese esta organización á un acaso? No; esta organización proviene de lo íntimo de la naturaleza de las cosas de este país y fué voluntad querida de los constituyentes la organización del Poder ejecutivo, así dotado.

No hemos de recordar páginas de todos conocidas para saber lo que fueron los primeros ensayos de nuestros mayores para organizar la democracia argentina. Quisieron, con sus primeras juntas y asambleas, realizar el ideal de la más pura democracia; quisieron que el gobierno fuera representativo, que el gobierno fuera de los más, que fuera de las asambleas. No tardó esta ingenuidad, este noble deseo, en sufrir las contrariedades que los hechos opusieron al cumplimiento de aspiración tan grande. Surgen los conflictos con los ejecutivos que se diseñan en forma de triunvirato, antes de llegar á la forma de autoridad unificada. Sintióse la necesidad de que el poder fuera entregado con vigorosos atributos á la autoridad de uno. La acción de muchos era la confusión, el desorden, la anarquía... ¡y qué momentos aquellos para que reinara la confusión y anarquía!

En los viejos archivos de mi provincia en las actas de sus cabildos, registran ya protestas por la designación de personas que eran de otros países para representantes á la asamblea del año 13... Porque se habían mandado de aquí los candidatos! Posadas y Larrea, que se impusieron por medio del gobernador. ¿Por qué? Porque se consideró necesario dar unidad al gobierno y á la acción política; porque dos años habían bastado para enseñar lo

que era el régimen de las asambleas libres en aquellos momentos y en este país.

Luego, el instinto, la espontaneidad del cuerpo social tiende desde aquel entonces al individualismo de la autoridad personal; y la evolución se va manifestando cada vez con mayor ascenso: es primero la pugna entre los caudillos y jefes que surgían... Me viene el recuerdo, para presentar de una manera gráfica lo que era nuestra democracia en aquellos tiempos, la leyenda griega, de aquel Cadmo que sembró dientes de dragón, saliendo guerreros de súbito que se ultimaron los unos á los otros. Pues, así como los guerreros de Cadmo, los hijos de nuestra libertad habían surgido de repente y se devoraron los unos á los otros! (*¡Muy bien!*) La gran regla: la naturaleza no anda á saltos, había sido contrariada y sufrimos las consecuencias de violentar lo que es eterno y no admite contradicción.

El proceso remata en el gobierno personal y en el gobierno personal absoluto con la concentración de la autoridad en uno. ¿Qué ha impuesto esos gobiernos? Lo han impuesto exigencias de orden. Con esa consideración se justifican los poderes que daban á Rosas las facultades extraordinarias. Los pueblos estaban fatigados del desorden y anarquía, y la política de Rosas fué precisamente estimularlos para conseguir las facultades extraordinarias. Y Rosas, en aquel momento, no dejaba quizá de su punto de vista de tener razón, comprendiendo que no podía mantener el orden ni hacer gobierno sin los medios adecuados para esa situación.

Sr. López (P. C.)—¡Para degollar!... (*Risas.*)

Sr. Peña—Bien. Al reunirse los constituyentes en 1853 para adoptar la forma ó organización de nuestro gobierno, los hechos habían revelado que para suprimir el desierto, el atraso y el desorden, el remedio estaba en el ejecutivo personal y fuerte. Porque lo ocurrido entre nosotros había pasado en toda la América española, con diferencias de grado pero no de esencia. Bolívar había dicho ya que para organizar el gobierno entre nosotros, necesitábamos reyes con el título de presidente de la república. Alberdi recoge el concepto y lo desenvuelve en un artículo admira-

ble de sus Bases, en páginas de luz, sosteniendo la necesidad del ejecutivo fuerte.

Veamos cómo se cumple esa gran verdad en la historia de nuestros presidentes.

Sancionada la Constitución con todos los eficaces poderes y atributos acordados al presidente, vemos, cuando la Confederación, lograrse los propósitos deseados con Urquiza, que contaba con la adhesión de las provincias, disponía del ejército, formado entonces por las tropas de Entre Ríos y había establecido la capital en el centro de su mayor influencia y prestigio. El gobierno de Urquiza fué por eso, por el hecho y por el derecho, un gobierno sólido.

Pero viene Derqui, y Derqui se encuentra de presidente de la República sin autoridad en el territorio de su residencia; sin ejército, en el campo de otro prestigio personal mayor que el suyo. Y Derqui fracasó. Derqui no pudo gobernar el país: no reunió los poderes requeridos. No hubo gobierno fuerte; no hubo eficacia en el gobierno de Derqui.

Viene Pavón, y Mitre en consecuencia. Comprende Mitre cuerdamente que para gobernar con eficacia requiriese la concentración de las dos fuerzas de contención, rivales hasta entonces entre sí, y cada una con medios de acción propios y poderosos: la fuerza de las provincias con las fuerzas de la Capital. Buenos Aires.

Mitre asume, pues, la presidencia de la República, agregando á sus poderes como jefe de la Nación, los de jefe inmediato de la Capital, que obtiene por la ley de compromiso. Mitre intentó ser más consecuente con los hechos y quiso federalizar la Capital. ¿A qué recordar las tramitaciones que dieron por resultado la ley de compromiso? Por cinco años, y debido al prestigio personal del presidente, la legislatura de la provincia acordó por transacción los poderes municipales y de policía en el territorio de la Capital. Y así la policía y la municipalidad de esta ciudad estuvieron entonces provisoriamente en manos de la autoridad nacional.

Mitre pudo por ello hacer gobierno eficaz, porque reunió los poderes que en suma representaban entonces la totalidad de fuerza política efectiva en el

país, acrecidas, además, por los prestigios indiscutibles de su gran personalidad.

Viene Sarmiento y para obtener la prórroga de la ley de compromiso, á fin de que las autoridades nacionales continuasen residiendo en Buenos Aires, como Capital de la Nación, tiene que entregar el gobierno de la municipalidad y de la policía. Las fuerzas, otra vez separadas, pónense nuevamente en pugna. Se divide la influencia política y trasciende en los resultados del gobierno. Por eso la lucha es activa y enérgica. Nosotros lamentamos que hayan pasado aquellas escenas tan animadas de nuestra democracia. Pero Sarmiento tuvo que gobernar á fuerza de genio.

Viene Avellaneda, y está vivo aún en el recuerdo la serie de continuos sobresaltos que afligieron al país á consecuencia de que la autoridad del presidente no fué lo suficientemente fuerte para mantener la cohesión. Y Avellaneda tuvo que gobernar á fuerza de talento.

Pasan los sucesos del 80, se sanciona la capitalización de Buenos Aires y vuelve el presidente á reunir la suma de poderes con fuerza eficaz de gobierno en el país, y por razón de la capitalización el general Roca pudo realizar su administración tranquila y progresista. Y no fué Roca el que anonadó la animación cívica y política de la era precedente. Lo que la deprimió fué que una de las fuerzas en pugna no movió más su máquina, que toda la máquina quedó en poder de uno, y cualquiera que hubiera sido el presidente, con energía y capacidad de mando, en el año 80, hubiera aparecido como el autor en la muerte de los entusiasmos de la libertad política, cuando en realidad se debía al hecho de haber quedado uno de los bandos sin la fuerza efectiva de que dispuso, para mantener su contradicción vivificante de la política de nuestro país. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Bien, señor, ¿á qué continuar cuando con lo que he dicho sobre la autoridad en su relación con las exigencias del orden y del progreso, la veremos aplicarse ya de suyo, para explicarse á los otros presidentes posteriores?

Otra consecuencia.

Antes del 80, el presidente de la Nación necesitaba del apoyo de los gober-

nadores de provincia: era su fuerza. Después del 80, se produce un notable cambio en la situación; después del 80, son los gobernadores de provincia los que necesitan el apoyo del presidente de la República, porque se han encumbrado sus poderes de protección é influencia. Puede marcarse cómo va obrando y manifestándose tal cambio.

En los primeros años no hay conciencia de la transformación operada. No se ha compenetrado el país aún del nuevo aspecto de las cosas y de que las bases de equilibrio han cambiado por la centralización verificada.

Poco á poco esa conciencia va imponiéndose de suyo, y en provincia llega á ser luego convicción, de que un gobernador sin el apoyo del presidente de la República, difícilmente se sostiene; mientras que es inútil combatirlo al que de él dispone.

Las oposiciones no han visto, por otra parte, que, por obra del comicio un hombre ó un partido contrario á la máquina haya llegado al gobierno, sino por obra de las circunstancias, que han forzado á veces, á un grupo la entrega del gobierno al adversario.

Antes se identificaba la oposición á los gobiernos de provincia con la oposición al presidente de la República. Las oposiciones que se levantaban contra el gobernador estaban á la vez contra el presidente. Habían sentido que eran unos y los combatían simultáneamente. Después se dieron cuenta de lo estéril que era ir contra el presidente, y como única condición para que la lucha pudiera prometer resultados contra la máquina de provincia, buscaron su mediación.

Sería de pesar entre las ventajas ó inconvenientes de la acción del presidente de la República sobre los gobernadores, mientras la máquina subsiste organizada, porque en la mayor parte de los casos, aunque lastimando sentimientos que están en el concepto de nuestras instituciones y surgen de nociones levantadas, despertando protestas su ofensa, el presidente ha sido un saludable control de la máquina de provincia. Las modificaciones plausibles logradas no pocas veces de la situación local de una provincia, se han debido en la mayor parte de los casos á gestiones de los presidentes para que

el círculo dominante se abra y se expanda ó para que otros hombres reemplacen una oligarquía entronizada por muchos años por la transmisión del poder entre allegados y parientes. Aquella conciencia en las oposiciones de provincia no es de ahora. Ya cuando Quintana, se pudo observar que gobiernos y oposiciones se pronunciaban en favor de su candidatura á presidente de la República.

Está aquí sentado á mi lado el doctor Montes de Oca, ministro del interior á quien acompañé á comienzos del año 1907 en una gira por el interior de la República. En todas las provincias que recorrimos, gobernadores y oposiciones estaban con el presidente. De tal modo, que el hecho apuntado por el señor ministro del interior, como ha acontecido ahora por primera vez, habíase manifestado con los presidentes anteriores.

Consolidado el orden mediante el ejecutivo fuerte cuando sumara los poderes territoriales más efectivos, comenzó el país á desenvolverse y á aumentar su riqueza; y al desarrollo del poder político del presidente de la Nación, sucedió el desarrollo de sus poderes económicos, á la manera que puede señalarse también en cada una de nuestras catorce provincias, donde vemos que á medida que crece la riqueza y más activa se hace la labor dentro de un estado, más fuerte es el poder del gobernador en el estado. Es así como sus poderes, su influencia, van acreciendo y robusteciéndose con el desarrollo del país.

La máquina... la máquina va haciéndose cada vez más potente; cada vez va siendo más inútil, más imposible lanzarse contra la máquina.

En un principio, tanto los presidentes como los gobernadores... No voy á recargar la atención de la cámara con datos, pero haré afirmaciones comprobables.

Se observa esta otra evolución: al presidente y á los gobernadores, las instituciones les fijan controles. Son frenos y contrapesos que han resultado ilusorios. No es aquí únicamente donde ha pasado, porque en Norte América ha sucedido lo mismo. El juego de contrapesos instituido en la Constitución, ha dependido de los hechos y del genio

propio de aquel país, igualmente que aquí.

Nosotros hemos acreditado un genio en materia institucional para desenvolver el poder personal.

En los primeros años, durante la primera y la segunda década constitucional, hasta la tercera aún, hemos visto jugar las instituciones nacionales como las de provincia á base de una relación mútua de dependencia entre el ejecutivo y las cámaras. Las cámaras eran un control verdadero de los jefes del ejecutivo. En aquellos tiempos era posible, y en muchas ocasiones se vió, que surgieran representaciones resistentes á la máquina. ¿Por qué? Porque los gobernadores en aquel entonces apenas contaban con algunos cuantos soldados para mantener el orden, estaban expuestos á constantes revoluciones de los grupos que le disputaban el poder, y necesitaban gozar de verdadero prestigio y solidarizarse con sus partidarios para poder mantener su situación constitucional.

Pero la experiencia demostró que una disidencia entre las cámaras y el Poder ejecutivo esterilizaba el gobierno ó provocaba crisis insolubles. De ahí provino como una exigencia la precaución de constituir la unidad gubernamental, á base de cámaras afines, lo más afines posibles con el jefe de la situación, con el gobernador, para evitar esos trastornos. Comenzó, pues, á interesarse el gobernador en la formación de las legislaturas, y lo hizo por instinto de propia conservación. Hasta por decoro, un gobernador que no dominaba aquellas situaciones, quedaba muerto políticamente y como hombre. Obra de los sentimientos que el ambiente forma en la masa y que mueven, complican y determinan la propia conducta en el gobierno.

Y bien; poco á poco va acentuándose esa relación de subordinación entre las cámaras locales y el gobernador, como entre las cámaras nacionales y el presidente de la República.

Señores de la circunscripción: un momento! (Risas).

Sr. Carlés (M.)—Espero contestar al señor diputado inmediatamente, si me lo permite el señor presidente.

Sr. Peña—He dicho de la circunscripción, pero voy á comprender tam-

bién los otros sistemas, en su relación con el poder.

Nadie puede decir que no sean enormes los medios de que dispone un gobierno de provincia, tanto mayores cuanto más grande sea la provincia, para llevar á su partido numerosas adhesiones. En la mayor parte de las provincias, la autonomía local del municipio no existe generalizada. De modo que las aspiraciones, y las tienen los que viven en una localidad, no dependen para su satisfacción del propio esfuerzo; todas las posiciones, todo lo que representa honor ó influencia en la comuna ó en la villa, depende del nombramiento, depende del gobernador de la provincia. Los receptores de rentas dependen del gobernador de la provincia; las comisarías dependen del gobernador de la provincia; el agua del riego depende del gobernador de la provincia. Y donde hay organizaciones locales, más ó menos autónomas, no tienen la efectividad de su poder, sino tienen el apoyo del gobernador de la provincia!

Y bien: ¿para qué continuar en estos esbozos del poder, cuando creo haber impreso ya en el ánimo de la cámara lo que es la acción, los gobernantes y su razón de ser?

Importa, en síntesis, tanto en el orden nacional como en el orden provincial, que no hay democracia—aquí viene la razón de ser de la afirmación del señor ministro.—Y no hay democracia, porque en el hecho, y tal vez por el derecho, el gobierno en este país es de uno, y el gobierno en las democracias, por propia definición, es de todos. Aquí no se ha dejado á la masa del pueblo función efectiva de gobierno, ó ha sido absorbida por la autoridad personal del Poder ejecutivo. Todo, aspiraciones é intereses dependen de la protección y la influencia de los jefes del Poder ejecutivo. Y aquí es donde yo quiero hablar de la circunscripción.

La lucha se produce. Primero son los muchos que salen á la arena á disputarse el triunfo, y con la victoria, el predominio ó influencia en una circunscripción. La elección se verifica, y no diré que todos, pero la mayor parte de los electos sienten, desde luego, la necesidad de mantener su prestigio en el distrito. Y teniendo á su disposición

la protección del presidente ó del gobernador, mantendrá su prestigio.

Sr. Cernadas—No, señor; sin necesidad de esa. *(Risas)*.

Sr. Peña—No hay caso.

Sr. Cernadas—Yo he triunfado hasta con el ministro de candidato en contra, y no soy más que un humilde ciudadano, solamente con el prestigio personal adquirido por mis servicios, en el distrito en que vivía. *(¡Muy bien!)* No ha habido influencia oficial.

Sr. Peña—No me ha comprendido, señor diputado. *(Risas)*.

Sr. Cernadas—Perdóneme, señor diputado.

Sr. Peña—Procurará ese representante interesarse por empleos para los vecinos influyentes y por la colectividad con obras que representen para ella un beneficio ó un progreso. Y bien sabemos lo difícil que es conseguir obras de mejora local, si no se cuenta con la buena voluntad del Poder ejecutivo, por más que la ley las autorice.

Y así tenemos cómo la acción é influencia de la máquina se ejerce para la lista en el todo de un distrito; es posible que se realice en cada una de las partes del territorio de una provincia, con la misma efectividad y con la misma pujanza.

Si se quiere la libertad política es preciso acondicionar el poder para que ella pueda ser posible en nuestro país; porque mientras el ejecutivo exista con las atribuciones que hoy tiene y se desenvuelva en la práctica como hasta ahora realiza, la libertad política no tiene mucho que esperar en este país.

En los países donde la libertad política se realiza y se cumple, la autoridad está distribuida en el pueblo. Donde hay una facultad de nombrar, está legislada y reglamentada. No se nombra arbitrariamente. Donde hay un deber impuesto á un funcionario, el cumplimiento de ese deber se exige por cualquier ciudadano mediante un recurso rápido ante la justicia; y el juez castiga ó reprime inmediatamente al mal funcionario.

Ved cuánta diferencia hay, por ejemplo, entre un gobernador de estado en Norte América y un gobernador de provincia entre nosotros. El gobernador de estado es en Norte América contralor de la legislatura, porque la única facul-

tad política apreciable para intervenir en el gobierno es, en la generalidad de los estados, la negativa del veto. No nombrar sus ministros, ni los funcionarios importantes. Los designa la legislatura, ó se nombran por elección popular. Muchas veces ocurre que un ministro es de un partido distinto al que pertenece el gobernador del estado. El gobierno es ejercido por la localidad; las localidades nombran sus funcionarios y cada funcionario cumple su deber ajustándose á la ley, y lo mantiene dentro del derecho el juez. Es esa la organización libre. Allí hay derecho, no hay arbitrio personal.

La localidad no sólo nombra sus autoridades, si que también las comunas fijan la tasa de la contribución; de ellas depende la atención de sus propios intereses, y ellas tienen la policía; y tienen la justicia; en fin, la autoridad está en poder del pueblo.

Eso es el gobierno del pueblo por el pueblo.

Ved lo que necesitaría un gobernador de estado en Norte América para semejarse á los nuestros. Tendría que reclamar la atribución de nombrar á sus ministros y á los jefes de repartición, y que los jefes de repartición y el personal subalterno, dependieran directamente de él, pudiendo darle órdenes y separarlos á designio. Tendría que reclamar que les dieran las policías, le entregasen el tesoro y pudiera percibir é invertir la renta. Tendría que pedir la justicia de paz y numerosas atribuciones discrecionales sobre la masa del pueblo. Y cuando ese gobernador sumase tan enorme masa de poderes, los mismos que hoy dependen de nuestros gobernadores, entonces, señor, la libertad política habría desaparecido de Norte América.

¿A dónde está el remedio?, se preguntaba el señor ministro del interior, en su discurso, cuando se detenía á contemplar nuestros males electorales y políticos.

El remedio está en manos del presidente de la Nación. El remedio para esos males consiste en desarticular, en debilitar la máquina. El ejemplo que el presidente de la Nación debe dar á los gobernadores de provincia, sería el de comenzar él por enervar algunas de sus atribuciones, consintiendo su reglamen-

tación por la ley; que lo que está confiado á la policía, que todo lo que está en manos del intendente, que lo que maneja el director de correos, que todos esos poderes actualmente discrecionales, sean regulados y controlados por los jueces. Y los gobernadores de provincia imitarían al presidente, si es por el ejemplo que se quiere obtener la modificación de la política de nuestro país.

Que piense el señor presidente de la Nación lo que significa para la democracia argentina el poder exclamar con verdad y con sinceridad: ¡en este país la libertad electoral soy yo! El presidente de la Nación lo siente y el pueblo entero de la República conviene en ello.

Decidme, ¿dónde, en qué país un jefe de estado hablaría en tales términos? ¿Si cuando se trata de la libertad política y la lucha electoral, en todas partes las reglas se dictan para vedar la intervención de las autoridades! ¿Si precisamente el agresor nato es el poder, contra él es, por consiguiente que deben tomarse todas las precauciones y tenerse todas las previsiones! ¿Y aquí, señores, porque no existe quizá la democracia, constituimos por garante al presunto agresor!

Repito que el remedio consiste en desmontar la máquina. Pero antes de hacerlo, una seria reflexión de hombre de gobierno se nos impone.

La máquina, ó sea el conjunto de fuerzas, medios de influencia y de protección que personalmente ejercen los gobernadores ó el presidente, ha asegurado el orden y realizado el progreso material de la Nación. Sin la organización de esa máquina, ¿qué habríamos tenido, señor ministro? Espectáculos como los que antes he recordado, dramáticos, interesantes, de vida, de animación democrática seductora. ¿Cuántos nobles sentimientos, cuántos estímulos, para la acción, empujaban el ánimo, entonces poseído de altos móviles de conducta pública! Pero ¿habríamos alcanzado el orden? Por la máquina se ha logrado; es con ella que los Sarmientos, los Avellaneda, los Roca han salvado las crisis. ¿Qué odiosa la actuación de ellos ante otros sentimientos. Había que lastimar, que herir fibras delicadas, fibras de libertad, nobles pasiones, de que siempre ha sido rica y estado repleta la raza

argentina. Por eso, para apreciar en su valor verdadero la obra de esos hombres, hay que olvidar muchos ideales, de lo que dice al sentimiento: hay que elevarse para contemplar su obra desde muy alto, para desde allí reconocer que fueron grandes servidores del país. Y á medida que el pueblo argentino, en el transcurso del tiempo, se aleja, se distancia, de la época en que actuaron esos hombres, que tantas protestas levantaron en su hora á medida que se desprende de la pasión contemporánea, ved cómo comienza á hacerles justicia; ved qué grandes nos parecen ya Mitre, Sarmiento, Avellaneda; ved cómo estamos ya pidiendo las mejores estatuas para ellos; ved cómo los que les suceden ya comienzan también á destacarse, y á hacerseles justicia. Cómo parece estar en la conciencia de todos que el orden y el progreso se los debemos, y que los bendecemos, y amamos, porque supieron salvar el principio de autoridad en recias horas. Es que el orden y el progreso se han debido á la máquina precisamente á la unificación de facultades y de poderes en manos del presidente de la República.

Es, pues, el caso hoy, al afrontar la cuestión y detenerse ante la máquina, no de protestas contra sus males solamente, si que también entregarse á reflexiones, á meditaciones. ¿Ha llegado la hora de desarticlar la máquina, ha llegado el momento de que podamos confiar el orden y el progreso á la masa de la Nación, dándole la policía, la administración local, la renta, las fuerzas y medios requeridos para contrarrestar la acción de las autoridades ejecutivas, eficacia en las luchas electores. ¿Ha llegado ese momento? Si ha llegado, que dé el ejemplo el presidente de la Nación. Por el ejemplo, induzca á los gobernadores de provincia á hacer otro tanto.

Más que por la voluntad del primer magistrado, que será impotente, lo sostengo, para realizar el despertar de la vida cívica, y más que esa voluntad, creo, señor ministro, y lo creo sinceramente, para obtener los bienes de la acción popular en el comicio y en el gobierno, lo que necesitamos para arribar á lo que se espera, y lograr aquello con que se sueña, lo que necesitamos es un presidente abnegado, que se resigne

á la atenuación y regularización de los enormes poderes que resume en su persona.

Yo digo al señor ministro: por más que sea aquella la voluntad del presidente de la Nación, ¿lograremos que surjan los partidos, que haya lucha cívica? ¡No!

Á ello se opone la conciencia común y colectiva de la Nación sobre el peso del poder.

Es que la máquina nacional pesa en todo el país, á la manera que pesa la máquina provincial en cada una de sus secciones; es que conspira contra la libertad política, por sí misma, por el hecho de existir; no hay una palabra, no hay un gesto, no hay un acto, por inspirado en la imparcialidad que sea del presidente de la Nación, que no tenga una trascendencia, una consecuencia enorme en la política y los partidos.

Voy á terminar con breves observaciones á conceptos vertidos por el señor ministro.

No hay que ver en lo que paso á decir, nada más que la aplicación consecuente de lo que dejó establecido.

¿A dónde está el mal? preguntaba el señor ministro. Se refería á lo que llamaba «el estado actual de cosas». El estado actual de cosas es que el país no es libre en la forma que lo reclama las exigencias de la verdadera democracia.

Y refería el señor ministro que en una ocasión, con motivo de declinar en 1891 su candidatura á la presidencia de la República, el general Mitre, por atenuante, había dicho que el mal estaba en las cosas y no en las personas. ¿Por qué no hemos de suponer que el señor general Mitre afirmó con esa frase pensamiento de estadista? Porque pudo como estadista, descubrir fácilmente que el mal está en las cosas y no en los hombres.

El señor ministro no veía más remedio para el mal que la ley electoral...

Sr. Ministro del interior—¿Me permite?...

Sr. Peña—Con mucho gusto.

Sr. Ministro del interior—No pensaba abarcar todo el horizonte que el general Mitre veía en ese momento; que yo me limitaba sólo á la cuestión electoral, que era nuestro asunto del día. Eso es lo que quise decir.

Sr. Peña—Lo habré tomado mal probablemente.

El señor ministro afirmaba que el remedio, en lo posible, estaba en la reforma electoral.

Sr. Ministro del interior—Del mal electoral, sí.

Sr. Peña—Y decía que esa aspiración estaba en todo el pueblo de la República...

Sr. Ministro del interior—Así lo entiendo.

Sr. Peña—Decía bien el señor ministro; pero él no decía que esa aspiración estuviera también en el Congreso, y también lo está en el Congreso.

Sr. Ministro del interior—Así lo creo, y lo voy á ver en la sanción.

Sr. Peña—¿Lo duda?... ¿Duda elegante?... (Risas.)

El señor ministro decía, y lo decía el actual presidente, estoy seguro, que precisamente por haber hecho esa promesa cuando candidato, el país lo eligió, y que en la fe del país en el cumplimiento de esa promesa, radicaba la justificación de su elección.

Sr. Ministro del interior—De eso resultaba un compromiso que el presidente se apresuraba á cumplir, viniendo á pedir la sanción de una ley electoral. Eso es lo que dije en mis palabras.

Sr. Peña—Bien; yo he entendido mal. Interpreté como que de allí resultaba purificada la designación del señor presidente de la República con respecto...

Sr. Ministro del interior—¿Ah, no!

Sr. Roca—(En voz baja.) Todavía no.

Sr. Peña—Todavía no, me dicen... (Risas.)

Bueno. Es que yo creo que es más acertada la explicación que yo daba: que no había sido electo por razón de esa promesa, porque si hubiera tenido en cuenta eso el país para elegir, no ovidemos que hubo otro candidato, á quien pudo habersele creído de igual modo que se le creyó al señor presidente de la República; este candidato tenía abonada con hechos su promesa en el desempeño del gobierno de la provincia de Buenos Aires. De tal modo que no fué por razón de la promesa, sino por razón de otras esperanzas...

Sr. Ministro del interior—Para que la cumpliera. Está dicho también ahí: la esperanza de que lo cumpliría.

Sr. Peña—La explicación estaba, á mi modo de ver, en lo que he dicho. Tan es exacto aquello, que afirmaba de que en la conciencia, no sólo del señor presidente de la Nación, sino de todo el mundo, estaba el que gobernaba era él y sólo él, que hasta el lenguaje institucional en las relaciones entre el Poder ejecutivo y las cámaras lo veo modificado. Son pruebas, son demostraciones, productos, actos externos de la conciencia nacional formada sobre nuestras instituciones.

(Dirigiéndose al señor ministro del interior): Escúcheme, señor: «Así, entre el presidente de la Nación y la Nación misma, quedó concluido desde ese momento un compromiso de honor y de patriotismo, cuyas cláusulas son las mismas de la promesa, que no se puede repudiar. Por eso he venido, en nombre del Poder ejecutivo, á pedirle su voto á la cámara, para que permita abolir el sistema antiguo y reemplazar por el que el Poder ejecutivo cree conveniente establecer». Es decir, que no es la cámara la que va á establecerlo.

Sr. Ministro del interior—El proyecto. Y el proyecto no puede ser otro sino el que el Poder ejecutivo cree que es conveniente.

Sr. Peña—¡Ah! (Risas.)

Es tal mi deseo de no hacer cuestión, que acepto esta manifestación y sentiría haber incomodado al señor ministro...

Sr. Ministro del interior—¡No, absolutamente!

Sr. Peña—... pero quiero evitar entrar en razones para significar lo grave que es que sea el Poder ejecutivo el que establezca lo que él crea conveniente consignar en la ley, siendo así que es el Congreso el que proyecta y en definitiva sanciona la ley.

Sr. Ministro del interior—El señor diputado sabe perfectamente bien que en las improvisaciones hay frases que son un *obiter dictum*.

Sr. Peña—Perfectamente.

Sr. Ministro del interior—Fuera muy ignorante para no saber que quien dicta la ley, quien da su sanción es el Congreso. Se trata de establecer un sistema electoral y es el Congreso quien lo establece; si en el curso de una improvisación...

Sr. Peña—¡Me basta! No agregue más! No quería quedar con la mínima duda de que fuera otro el propósito del señor ministro.

Sr. Ministro del interior—Me habría hecho justicia, no teniendo la duda, sin pedir el esclarecimiento.

Sr. Peña—Perdóneme.

He abusado de la cámara...

Varios señores diputados—¡No, no!

Sr. Ministro del interior—¡Absolutamente!

Sr. Peña—Voy á precipitarme... (Risas.)

No participo de la opinión de los que creen que en el discurso del señor ministro haya habido intención para los miembros del actual Congreso. Su palabra, su declaración posterior en negarlo, constituye una satisfacción. Pero es que sin querer—¡sin querer!—por choque de retroceso, el señor ministro nos ha lastimado. Yo me he sentido ofendido en mi decoro de diputado.

Era en aquel momento en que el señor ministro nos hablaba de la máquina; era cuando decía que todo lo que el país podía esperar del sistema de la nueva ley electoral, era que un tercio de los representantes ó menos de un tercio, no fueran hechos por la máquina. Y agregaba que bastaba que existiera la presencia de ese tercio en la cámara para que recién pudiera orientar su política definitiva el presidente de la Nación; recién procurar la formación de partidos; que eran problemas que tendría por delante...

Sr. Ministro del interior—Me parece que en ese momento lo único que dije fué que cuando al tercio próximo se uniera el tercio siguiente, la cámara tendría de tal manera el sentimiento de simpatía de la opinión, que presentaría otro aspecto.

Sr. Carlés (M.)—Así es y así será! (Risas.)

Sr. Ministro del interior—Es todo lo que dije, me parece.

Sr. Peña—Es que no me inculpen de sentimientos que no me animan.

Sr. Carlés (M.)—En su caso, pero sí en el mío.

Sr. Peña—Porque yo, precisamente, con esta exposición estoy abogando, me parece, en favor de mi tesis.

Sr. Carlés (M.)—El absolutismo...

Sr. Peña—No, señor: estoy declarando dónde está el mal y diciendo dónde está el remedio.

Sr. Ministro del interior—Con una sagacidad y precisión realmente admirables.

Sr. Peña—Muy bien. Es que yo quiero que precisamente el señor ministro me quite esto que tengo dentro de mí: lo que pudo haber dicho que en aquellas palabras: «la agresión»...

Sr. Ministro del interior—¡Me permite una sola palabra?

Sr. Peña—Permítame. Estoy manifestando mis ideas. Con motivo de estas ideas le estoy facilitando al señor ministro su tarea.

Sr. Ministro del interior—Por eso quiero aprovechar la oportunidad. (Risas.)

Sr. Peña—Decía el señor ministro: «Una vez sentadas aquí las diversas agrupaciones y denominaciones, se planteará para los miembros del Poder ejecutivo el rudo, el áspero problema de formar con esta diversidad la fuerza necesaria para hacer marchar el gobierno». Y agregaba: «¿Cómo se procederá entonces?»

¿Quién sabe, señor ministro, si la ley que vamos á sancionar dará por resultado un Congreso como el actual, en que las diversas fuerzas de las provincias estén representadas como lo están hoy, por obra de las circunstancias, por obra de la Providencia, por lo que se quiera. Voy á demostrar con evidencia que el año 14, para cuando se propone desenvolver política con los diversos grupos y tendencias, difícilmente tendremos un Congreso como el actual con mayor número de miembros sin relación alguna con las máquinas de sus provincias.

Tenemos un Senado así compuesto... Voy á hacer la referencia para el caso de que se crea conveniente la política experimental que se propone, sobre la base de los diversos núcleos que constituyen la opinión.

Sr. Ministro del interior—Me parece que había dicho ahí que no me tocaría á mí hacer la experiencia. De manera que no tengo prisa. (Risas.)

Sr. Peña—Permítame. Vamos á demostrarlo.

Catamarca tiene un senador opositor á la máquina (voy á llamar «la máqui-

na» al partido del gobierno; Jujuy, un senador opositor á la máquina; Salta, un senador opositor á la máquina; La Rioja, dos senadores opositores á la máquina; Tucumán, un senador opositor á la máquina; Corrientes, un senador opositor á la máquina; Santa Fe en este momento intervenida no tiene...

Sr. Pérez Virasoro—Está equivocado. Hay un senador.

Sr. Peña—Tengo para eliminar dos ó tres. (Risas.)

Buenos Aires, uno; San Juan, dos; Entre Ríos, dos; Córdoba, uno; Santiago, uno... Lo podría rectificar, (Risas) no tengo la seguridad...

Tenemos, eliminando el de Corrientes, 14 senadores contra 12, en relación á los sentimientos de oficialismo éstos y de oposición aquéllos. Y eso que no comprendo á los de Santa Fe, ni de la Capital. Porque he estado refiriéndome nada más que á las máquinas de provincia, en la inteligencia de que no hay máquina en la capital de la República.

De tal modo, entonces, que el Senado, de este punto de vista, cuenta con una mayoría que no responde á máquinas locales y en que están representados el sentimiento del gubernista y el sentimiento de la oposición, es decir, las dos formas de manifestarse la opinión en nuestro país, aparecen equilibradas en el Senado.

En diputados. Contaremos desde luego, los veinte diputados de la Capital y los doce de Santa Fe, donde no hay máquinas. Tres diputados de San Luis, opositores á la máquina; cinco diputados por Córdoba, que no dependen de la máquina...

Sr. Luro (P. O.)—Hay que nombrarlos.

Sr. Peña—Llamo máquina al partido de gobierno.

Sr. Ministro del interior—Pero para hacer el análisis exacto, sería necesario demostrar que son opositores al actual y al anterior.

Sr. Peña—No me haga ese juego de palabras, porque no sabe á dónde voy, y como no sabe el señor ministro á dónde voy...

Sr. Ministro del interior—¡Ah! Perdóneme el señor diputado. Guardaré silencio.

Sr. Peña—Por eso convendría dejarlo desenvolver... (Risas.)

Sr. Ministro del interior—Perfectamente.

Sr. Peña—De Salta 1, de La Rioja 1, de Tucumán 3, de Corrientes 1, las tres manifestaciones de la opinión en Corrientes están representadas en esta cámara. En Buenos Aires, dos ó tres que no están en el partido conservador, que sería allí la máquina. De Entre Ríos 1, de San Juan 3. En total, 55 diputados que no están en los partidos oficiales.

Y bien, señor. ¿Quién ha hecho eso? He dicho ya las circunstancias y la Providencia. Las circunstancias y la Providencia nos han dado una cámara así compuesta, en la que, si es cierto que se puede lamentar la ausencia de representantes de algunas manifestaciones de la opinión, principalmente en la capital de la República, podemos, no obstante, afirmar, si no hemos de encerrarnos en la capital de la República para comprender el conjunto ó la Nación, que difícilmente podría presentarse en 1914 un congreso que tenga la composición actual respecto de los dos sentimientos políticos contrapuestos que agitan nuestra vida cívica.

Sr. Roca—Sería interesante conocer la clasificación, que supongo ha de tener el señor diputado, respecto de la composición del Congreso—Senado y Cámara de diputados—con respecto á la gran máquina. (Risas.)

Sr. Peña—Ya lo veremos. (Risas.)

He querido con este análisis del parlamento actual, demostrar ante el país que no tiene un parlamento encadenado á las máquinas de los gobernadores de provincia ni representando unidad en sentimiento político, sino que se trata de un congreso igual por lo menos al que el señor ministro espera tener el año 14 para iniciar su acción política con base de otra nueva composición de la cámara. Porque si tenemos, señor, que casi una mitad del Senado de la Nación está compuesto en este momento de voluntades libres, que es el término que emplea el señor ministro del interior al referirse á la presunta composición de la cámara en el año catorce, y si sólo habrá en aquella fecha cuarenta representantes opositores ó que no sean de la máquina, puede afirmarse que difícilmente se encontrará entonces con un Senado compuesto en esa forma y con una Cámara de diputados, como ésta.

que tiene sobre cincuenta y tantos diputados libres en el sentido de las palabras del señor ministro. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) ¡Si tenemos actualmente todos los materiales requeridos, todos los elementos precisos para incitar la formación de los partidos á base de lo que el señor ministro nos anuncia conseguir en el año catorce!

Digo entonces que se ha perdido y malogrado un año precioso para la nueva política, porque ni con el sistema de lista incompleta ni con el de circunscripciones ha de repetirse, creo, en el país esta situación, para dar las orientaciones que se desean á la marcha política nacional.

Ha dicho más el señor ministro: ha dicho que sólo entonces, en el año 1914, mediante la representación de las minorías de una contada representación de las minorías, se organizarán mayorías sobre la base de lo que tiene de más noble, de más sólido y de más acendrado el carácter argentino.

Sr. Ministro del interior—Pediría la lectura de ese párrafo.

Sr. Peña—¿Lo desea, señor ministro?...

Sr. Ministro del interior—Sí, señor.

Esa parte de mi discurso á que alude el señor diputado es la siguiente: Se ha dicho que la constitución inglesa ha sido dada por caballeros para caballeros...

Sr. Peña—Terminaré de una vez, para no ocupar más la atención de la cámara.

Del contexto de las palabras del señor ministro cuando hablaba del futuro, y se refería á una cámara ideal proveían mis recelos. Porque decía: Enton-

ces tendremos una cámara así compuesta; tendremos esto y aquello. Cualquiera que hubiera oído pronunciar ó leído esas palabras, sin estar al cabo de la intención ni del ánimo del señor ministro, habría deducido la consecuencia: ¡pues si para entonces hemos de tener tal cámara, es que ella no existe actualmente!

Yo sé que el señor ministro no ha tenido tal intención; pero la verdad es que se presta á ser interpretado en esa forma. He dicho que reconozco, y lo declaro nuevamente, que no habrá sido tal el propósito del señor ministro.

Pero cuadraba á mi decoro personal y reclamaba mi dignidad como diputado oír una aclaración, oír algo más de lo que se ha dicho por el señor ministro, (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) oír que no estaba comprendida la cámara actual, ni por efecto siquiera de contraste con la cámara ideal que se promete para el año recordado por el señor ministro del interior! (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Sr. Ministro del interior—Me es muy agradable el hacerlo.

Sr. Peña—Después de esa manifestación del señor ministro, doy por terminada mi exposición. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados en las bancas y en las galerías. Numerosas felicitaciones al orador.*)

Sr. Carlés (M.)—Pido la palabra.

Sr. Presidente—Siendo la hora avanzada, invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Así se hace, siendo las 7 y 35 p. m.